

## UN ENSAYO DE PEDAGOGIA SOCIAL

Al iniciarse el funcionamiento del Instituto «Ramiro de Maeztu» de Madrid, tuvieron cuidado los directivos que iban a organizarlo de no olvidar ningún aspecto interesante de la educación: religioso, instructivo, físico, estético, social, artístico, de habilidad manual, etc.

Solamente con un desarrollo armónico de todos estos aspectos podría obtenerse una educación integral de los alumnos, y era esto lo que querían conseguir en este nuevo Centro de Enseñanza Media.

De todos ellos había uno, el social, verdaderamente interesante, atractivo, porque vuelve a estar en primer plano este aspecto de la educación; porque es en los Centros de Enseñanza Media donde la educación social tiene su mejor marco, ya que se señala la edad aproximada de doce años para que el alumno sea capaz de comenzar a sentir interés por las cuestiones sociales; y porque la observación de estas cuestiones, sin sistematizar, pero con un orden determinado, puede influir en la manera de desarrollar el alumno sus actividades posteriores.

Se ha hecho muy poco sobre pedagogía social en los Centros de Enseñanza Media, y sería interesante abordar esta cuestión de indudable interés práctico.

Mi convencimiento del interés que las cuestiones de pedagogía social tienen, hizo que cuando el Prof. Albareda, como consecuencia de un viaje que acababa de realizar a un pueblecillo castellano (Fuentelsaz, donde la estancia del maestro D. Agustín de las Heras Nuño ha dado lugar a que la escuela tenga una biblioteca, un pequeño museo geológico y unos alumnos que manejan perfectamente ambas cosas), me expuso la idea de establecer un intercambio de alumnos del Instituto «Ramiro de Maeztu» con muchachos que viviesen en un medio rural, la acogiese con verdadero cariño y la pusiese rápidamente en práctica, realizando el ensayo que a continuación detallo.

«Los viajes —decía el Prof. Albareda— tienen un valor de dilatación que convendría conjugar con la conveniencia de la con-

centración. Cada sección del Instituto podría adoptar un pueblo y visitarlo anualmente. Aparte de los Institutos, esta adopción podrían hacerla Colegios y otros Centros de cultura media, y en poco tiempo serían cientos los pueblos adoptados.»

La idea tenía interés indudable: había que adoptar un pueblo inmediatamente, llevar a nuestros alumnos a conocer con detalle el ambiente rural, iniciarles por este medio sencillo en la educación social, ponerlos en contacto con chicos que viven una vida distinta de la suya.

De la elección de pueblo dependía en gran parte, a mi modo de ver, el éxito de este primer ensayo.

El pueblo no debía estar ni tan lejos de Madrid que no nos permitiera realizar el viaje con cierta facilidad, ni tan cerca que sus habitantes, por venir con gran frecuencia a la capital, no tuviesen ese carácter rural que nosotros deseábamos.

Queríamos, además, que fuese un pueblo agrícola, con un vecindario permanente, enraizado en la localidad; que los muchachos con quienes íbamos a tratar sintiesen cariño por el pueblo que les vio nacer, el mismo donde nacieron sus antepasados. Estos muchachos queríamos que fuesen agricultores y que estuviesen dispuestos a seguir siempre cultivando la tierra, sin sentir ese deseo vano de cambiar los aperos de labranza por cualquier empleo de poca monta en la capital de provincia.

Finalmente, queríamos que el pueblo fuese de buenas costumbres, porque no era nuestro propósito reformar su modo de vivir en lo fundamental, ya que esto requeriría mayor contacto que el que nosotros íbamos a tener y una preocupación de otra índole que la que a nosotros nos guiaba.

Tras de buscar diversos asesoramientos entre personas conocedoras de la provincia de Madrid y sus limítrofes, nos pareció apropiado el pueblo de Ambite, y a él se dirigieron nuestros primeros pasos.

Ambite es un pueblo de 900 habitantes, aproximadamente, perteneciente a la provincia de Madrid y distante de la capital 60 kilómetros. Pueblo esencialmente agrícola y con no muy buenas comunicaciones con la capital.

Escribimos al párroco, al maestro y al alcalde, manifestándoles nuestro deseo de que un grupo de alumnos de la sección del Instituto «Ramiro de Maeztu», cuya delegación teníamos (enton-

ces estudiaban cuarto curso), estableciese estrecha relación con igual número de los alumnos mayores de la escuela del pueblo y pidiéndoles su colaboración para desarrollar el proyecto que a grandes rasgos les exponíamos. La idea fué bien acogida, y desde aquel momento pudimos ponerla en práctica.

Al adoptar este pueblo pretendíamos los siguientes fines:

a) Establecer una estrecha relación entre muchachos de la ciudad y del campo, que se iniciase cuando los de la ciudad estu-



La encina de Ambite tiene una preciosa leyenda de amores.

dian el Bachillerato y continuase después de terminado éste. El ideal sería que naciesen amistades que durasen toda la vida.

b) Que de esta relación surgiese una comprensión entre individuos que viven en un ambiente totalmente distinto.

c) Llevar al conocimiento de nuestros alumnos la vida rural con todos sus detalles: sus virtudes, sus dificultades, sus costumbres, sus medios de trabajo, su vivienda, etc.

d) Procurar a los escolares del medio rural una cultura que de otro modo les sería difícil conseguir.

e) Recoger material natural y humano y crear en la escuela del pueblo un pequeño museo local.

f) Crear en el pueblo una biblioteca escolar-popular con libros que fuesen dando a los lectores una formación espiritual; pero, además, con otros de carácter agrícola que les llevarán modernos conocimientos de esta materia.

g) Que nuestros alumnos envíen a la escuela semanalmente prensa diaria y revistas de las que se reciben en sus casas y han sido ya leídas. También se remitiría al párroco prensa religiosa.

h) Enviar material docente construido por nuestros alumnos y procurar el envío de esta clase de material por entidades oficiales o privadas que pudieran suministrarlo.

i) Honrar a las figuras del pueblo adoptado.

Para llevar a cabo estos fines comenzamos la relación de un grupo de alumnos del Instituto con otro, en número igual, del pueblo de Ambite, cuyos nombres nos fueron remitidos por el maestro. Se inició la correspondencia, y con ella el envío de prensa diaria y revistas.

A los pocos meses anunciamos nuestra primera visita. El viaje fué preparado con anterioridad detalladamente: se hizo el programa de la visita, se dibujó el itinerario, se habló de la situación geográfica del pueblo, etc. Pero nos interesaba también, para realizar uno de los fines que nos proponíamos, que nuestros alumnos trajesen el mayor número posible de datos relativos a la vida rural del pueblo que iban a visitar. Para esto cada uno de los alumnos se encargó de conocer con detalle un aspecto determinado de la vida de Ambite, siguiendo las directrices que marca el Prof. García Hoz en el folleto «Un programa de enseñanza social».

Y así, uno de los alumnos se preocupó de conocer las características principales del pueblo, cantidad y tipo de población, clases sociales, etc.; otro, la situación geográfica y comunicaciones; otro, la historia del pueblo: de las familias, monumentos, hechos históricos importantes; otro, de conocer la vida obrera, condiciones de trabajo, sus jornales, qué industrias había, etc.; otro, de estudiar con detalle el tipo de vivienda; otro, la salud y servicios sociales; otro, las diversiones; otro, la vida religiosa, cofradías, festividades, etc.; otro, la vida cultural...



Escena de la Misión pedagógica rural.



Misión pedagógica rural. Un alumno del Insitituto recitando una poesía.

Todos cumplieron satisfactoriamente su cometido, para lo cual solicitaban datos de la Secretaría del Ayuntamiento, del cura párroco, del médico; hablaron con los obreros del campo, con los mozos sobre sus diversiones, tomaron las notas que el maestro les dió sobre la vida cultural, y entraron en las casas del pueblo para ver cómo se distribuían las habitaciones para las personas y para el ganado, dibujaron planos, etc., etc.

Tenemos un conjunto de datos muy curiosos recogidos de las visitas hechas a este pueblo, y que nos han ido entregando los alumnos, cada uno del aspecto que le fué encomendado.

No podemos olvidar el recibimiento que los ambiteños nos hicieron en nuestra primera visita. A las afueras del pueblo salió a recibirnos una buena parte del vecindario con sus autoridades. Los alumnos que habían mantenido correspondencia durante varios meses se conocieron allí personalmente y continuaron de viva voz las conversaciones que habían comenzado por escrito.

Cada alumno se hospedó en la casa de su amigo: teníamos interés en que tanto nuestros alumnos cuando fueran a Ambite como los de la escuela de Ambite cuando vinieran a Madrid hiciesen noche, durmiesen en casa de su amigo, porque creíamos que esto estrecharía más los lazos de amistad.

Al día siguiente regresábamos a Madrid encantados de esta primera visita. En el autobús que nos llevaba se hacían numerosos comentarios. Se habían afianzado amistades, se hablaba con insistencia de la bondad de aquellas gentes, de su hospitalidad, del cariño con que habíamos sido tratados... Se había establecido ya una corriente de simpatía entre la ciudad y el medio rural, corriente que nacía de unas amistades que surgían limpias, como amistades infantiles que eran, sin prejuicios, sin miras egoístas. Bien podemos decir que los vecinos de Ambite, agricultores, dedicados enteramente a la tarea de cultivar la tierra, se habían ganado a nuestros alumnos: el viaje había sido fructífero.

Después hemos hecho dos viajes más, y pensamos seguir visitándolos todos los años; pero en fechas distintas (fiestas del pueblo, recolección de los cereales, un día frío de invierno, etc.), para ir conociendo los distintos momentos de la vida del pueblo.

La última visita, hace solamente tres meses, ha tenido un carácter especial: fuimos unidos al equipo de Misiones rurales del

Instituto «San José de Calasanz» de Pedagogía; pero interviniendo nuestros alumnos en la Misión.

El jefe de la Misión me decía la impresión que le había producido ver a casi todo el vecindario esperándonos en las proximidades del pueblo y las manifestaciones de alegría con que fuimos recibidos.

Los muchachos acudían ansiosos a buscar a sus amigos para abrazarlos, y a nosotros nos emocionaba un poco ver acercarse a aquellos hombres curtidos por el sol, fuertes, recios, pero con rostros llenos de bondad, a decirnos: «Señor profesor, ¿me deja llevarme un momento a *mi chico* a casa?»

Tras unos minutos de descanso fuimos al pie de la gran encina de Ambite, la encina más grande de Europa, cuya preciosa leyenda nos contaron, y rodeados de todos los niños del pueblo y también de muchas personas mayores que no se separaban de nosotros, comenzó a desarrollarse el programa de la Misión rural: discos, narraciones apropiadas para niños, juegos malabares, interpretación de varias composiciones musicales con instrumentos de cuerda, globos aerostáticos, etc., con intervención de los alumnos del Instituto en todos los números del programa.

Por la noche hubo sesión pública de cine sonoro en la plaza del pueblo.

En uno de los viajes iniciamos la biblioteca escolar llevando una biblioteca donada por la Sección de Misiones Pedagógicas del Instituto «San José de Calasanz» de Pedagogía.

Naturalmente, también los alumnos de Ambite han venido a Madrid. En sus viajes van visitando los museos, los edificios notables de la capital, sus monumentos, van conociendo su historia.

Tienen una tarde completa de convivencia con los alumnos del Instituto, los cuales les atienden cumplidamente: hay partido de futbol, sesión de cinematógrafo, etc.

Además cada muchacho de Ambite dedica unas horas para ir de paseo o a un espectáculo con su amigo, en cuya casa se hospeda, y los familiares de éste.

En la primera visita que nos hicieron estaba próximo a la puerta del Museo del Prado un espléndido coche, en el cual la familia de un alumno nuestro esperaba a éste y su amigo de Ambite, un muchacho de ojos vivos que ya toca en la banda de mú-

sica de su pueblo, el cual, un poco emocionado, subió al coche para ir a pasar unas horas agradables en el palco de un teatro madrileño.

Hemos dicho anteriormente que no pretendíamos con estas visitas modificar modos de ser fundamentales, pero sí mostrar en el medio rural donde vamos que nuestros alumnos, chicos de capital que estudian una carrera, son personas correctas, educadas, con prácticas religiosas de las que no hacen alarde, pero que tampoco ocultan tímidamente.

Queremos con esto evitar ese mal concepto que muchas veces se tiene en algunos pueblos del joven de la capital, al generalizar casos aislados de comportamiento poco edificante.

El comportamiento de nuestros alumnos nos interesa extraordinariamente en estas visitas, no por un simple orgullo de profesor, sino por la ejemplaridad que nosotros buscamos.

Los resultados obtenidos hasta la fecha con este ensayo pedagógico iniciado hace poco más de dos años, son muy satisfactorios.

En tan corto plazo de tiempo se han obtenido ya varias de las finalidades que nos proponíamos. Así, podemos afirmar que se ha establecido una estrecha relación de los muchachos de la ciudad con los del campo, que en algunos casos ha trascendido a sus familias. Al terminar el Bachillerato este curso pretendemos que en años sucesivos nuestros alumnos, alejados ya del Instituto, sigan haciendo la visita anual a Ambite, para seguir cultivando las amistades de los ambiteños, no solamente mientras duran sus estudios. De organizar ese viaje se encargará la Asociación de Antiguos Alumnos del Instituto También afirmamos que nuestros alumnos conocen ahora mucho mejor que antes la vida rural. Se ha iniciado la recogida de material para la formación del museo local, funciona ya la biblioteca, se remite prensa, los alumnos de Ambite van conociendo Madrid y amplían su cultura en varios aspectos...

Por todo esto juzgamos que el ensayo puede ser interesante, y nos atrevemos a proponer a nuestros compañeros, a todos los educadores de enseñanza media, y aun podría en algunos casos hacerse en la escuela primaria, que lo realicen también, que adop-



ten pueblos, centenares de pueblos, porque si esto fuese una realidad no cabe duda que el ensayo podría tener no sólo un interés pedagógico, sino nacional.

Los que se decidan a llevarlo a la práctica pueden contar con la colaboración de Misiones Pedagógicas.

**TOMÁS ALVIRA ALVIRA.**

Catedrático del Instituto «Ramiro  
de Maeztu» (Madrid)